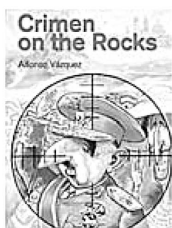




Alfonso Vázquez. | LA OPINIÓN DE MÁLAGA



Crimen on the Rocks

ALFONSO VÁZQUEZ
Rey Lear, 2014
180 páginas

desdibujado posterior a la derrota del III Reich. La acción se sitúa en San Roque on-the-Rocks, una imaginaria colonia española ubicada en el Canal de Bristol. Un Gibraltar español conquistado a los ingleses por nuestra Armada Invencible y que posee su propio escudo en la grímpola: un monte son una ermita y al pie tres carabelas. Un lugar en el que las brumas inglesas se entremezclan con el dominó, el flamenco y los toros; al que cuatro siglos de aislamiento y de matrimonios entre familiares han provocado que sus habitantes se les clasifique entre excéntricos, lunáticos y otras categorías de sujetos descenrados. Unas gentes que eludieron el terror de la guerra y que esperan con impaciencia la llegada en agosto del Atlético Aviación para un partido amistoso con el San Roque Club de Fútbol. También esperan, pero con menos impaciencia, la llegada de Franco en

su primer viaje internacional. «Y de su señora esposa». Una isla, pues, en la que se entona «Asturias, patria querida» para robustecer los lazos invisibles «con la madre patria, donde el cielo siempre era azul y el café, achicoria».

En esto, un 12 de julio, el escritor Manuel Villegas, apodado el Proust, espera desde su ventana, entre «el taconeado de las busconas y los cánticos zarzuceros que atentaban contra el género chico», la llegada de la próxima víctima de la farola. En la fila de farolas de la calle, por una chapuza municipal, una de ellas está descolocada, es la rebelde, la discípula de la hilera, lo que provoca que todas las noches alguien choque contra ella. Y en aquella ocasión quien cae es idéntica a Laura, un personaje de su novela, pero ahora no es un mero accidente, es un homicidio.

Aquí entrará en acción el comisario Antonio Mampou, un funcionario castigado desde el régimen de Primo de Rivera al destierro en la colonia y que viaja en bicicleta por la isla, hasta que se la roban. Le acompaña su ayudante Fraguas, viva imagen de un Van Gogh con las orejas intactas. Y serán apoyados por el forense Sebastián Aguirrechu, fumador empedernido, y por un personaje singular: Julio Camba, que se cita en el café Génova con el comisario y desde el que ambos escriben; uno, artículos y el otro, órdenes de detención. Todo ello en un mundo en el que las moscas inglesas son más organizadas que las españolas y entran en las viviendas haciendo cola.

Alicia en el país de los columnistas

La recopilación de los artículos periodísticos de Alicia Álvarez en LA NUEVA ESPAÑA



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Me enteré de que Alicia Álvarez se incorporaba a las páginas del periódico como columnista gracias a que hace ocho años un personaje frecuente en sus artículos (págs. 49, 83, 159...) me lo comunicó con los nervios que la caracterizan. Era su madre, Fany, feminista luchadora (pleonismo), enmaridada con uno de los liberos angulares de mi ciudad, hombre de proceder más resguardado. Alicia Álvarez es gijonesa del 79, música (la mitad de «Pauline en la playa» hoy, amén de anteriores trabajos en las tablas musicales del mítico «Xixón Sound»), poeta en verso y prosa, radiofonista, periodista por escrito... y caída me temo que para siempre en las redes del columnismo, ese género o subgénero o como lo llamen que tanto disgusto da a sus firmantes, pues nunca falta el «trole» que te contesta enfurecido e indignado porque no opinas como él. Aunque no lo parezca, acabará lloviendo es una antología de su sección y una declaración de suave pesimismo (mejor habría escrito acaso «tristeza» tenue o «nostalgia» anticipada), el que atraviesa al paso sus líneas. Y como no faltará el «trole» que entienda esta reseña como peloteo a la amiga, le quito un arma: apenas he hablado tres veces con Alicia. Y como no faltará el «trole» que clame sobre lo vanidoso de publicar en libro lo que antes vivió en el papel que envuelve el pescado, le quito la otra arma: la lectura de conjunto ofrece unas claves de continuidad que no siempre se encuentran en la lectura semanal.

«Honestidad y voz», pide Alicia como bases del columnismo. Además de sentido del humor («que para mí es como el respirar»), poesía, cinismo e ironía («playa» (o sea, de marca gijonesa), sumados a la conciencia feminista. Y así me senté una tarde entera con esos breves textos sobre aeropuertos (y motivos), cambios de estanterías, la vida de estudiante, Bush, Obama, Les Luthiers, mujeres (incorporando el muy interesante e inquietante concepto de «violencia relacional»), campo y ciudad, culos playeros, Gaza, la revista «Super-Pop», los profesores, el «Boss», los apar-

tos esos dentales, los helados, Woody Allen o el expresidente Areces: «y muchos días, Gijón», como cantaba César Vallejo. Es decir, nada de actualidad perecedera; o sea, todo de actualidad firme. La misma honesta voz a lo largo de ocho años, que tiene tela mantenerse así. Honesta y sencilla voz: nada de frasonas, frasazas o citas (apenas un Gramsci por aquí y un Franklin por allá), no las busquen en piezas como «De todo corazón», «Posturas» o «Sin contexto». La propia Alicia ironiza: «Yo personalmente no soy muy dada a los circunloquios».



Aunque no lo parezca, acabará lloviendo

ALICIA ÁLVAREZ
Portada e ilustraciones de Marta Botas
Huerga y Fierro Editores, 2014
217 páginas

¿Tristeza nostálgica pesimista? Nada de eso. Alicia ya conoce los trucos de este oficio o suboficio: tirar de una frase de arranque potente (y no pocas veces engañosa: «Sugerencias», por ejemplo) para tirar también del lector; empezar la columna como si la sorprendiera la escritura a mitad de un pensamiento; cortar a tiempo y en el aire; felices hallazgos («defender un disco en directo»), no sin broma popular a veces («Joder, si esi estudiaba conmigo», busquen la expresión) o un par de octosílabos para definir un oficio: «Un chigreru que se precie no te mira, te atraviesa». Porque este menester o submenester de columnista o lo dominas con voz y honestidad o vas muy de culo, para solaz de los «troles». Y es de ver cómo se encuentra en el libro de Alicia Álvarez esa línea suave, sutil, que mantiene la misma voz en 2006 de la que te susurra lo indispensable en 2013. Pero, ojo, no se dejen llevar por esa apariencia de levedad: no hay tal. Es muy difícil (quien lo probó lo sabe) mantener el tono mismo en el mismo tono, semana tras semana, año a año. Que Alicia Álvarez lo consiga como quien no quiere la cosa solo es prueba de su esfuerzo y curro. Admirable.

Un canto al perpetuo deseo insatisfecho

Pintor, crítico de arte, viajero, el rochelense Eugène Fromentin (1820-1876) consagró la mayor parte de su actividad literaria a escribir crónicas y relatos memorialísticos. Sin embargo, en 1863 dio a las prensas un volumen que constituyó su única incursión en la novela. Es este *Dominique* que ahora, con el exquisito cuidado que es marca de la casa, publica Ardicia en traducción de Emma Calatayud y con prólogo de Gustavo Martín Garzo. *Dominique* es ante todo un canto, de evidente trasfondo autobiográfico, al deseo insatisfecho. A una insatisfacción que no actúa como fuente de desesperanza, tantas veces suicida, sino —en la mejor estela del amor cortés— como un mecanismo de alimentación perpetua del propio deseo. Los amantes de la gran prosa decimonónica —diáfana, ágil y certera— encontrarán aquí un remanso de gozo en el que el ímpetu juvenil entabla la más feliz alianza con el distanciamiento de la madurez para componer un texto muy, muy logrado.



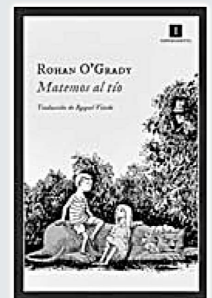
Dominique

EUGÈNE FROMENTIN
Traducción de Emma Calatayud
Prólogo de G. Martín Garzo

Ardicia
316 páginas. 19,86 euros

Una novela gótica con puma incluido

El feliz lector que se acerque a *Matemos al tío* (1963), hasta ahora inédita en castellano, creará a ratos lidia con una novela negra. No en vano en sus páginas hay intriga teñida de radiografía social y la violencia late en cada ráfaga de viento. Pero a ratos pensará que tienen razón quienes la han clasificado como una de las mejores novelas góticas del siglo XX. Todo lo cual no es sino un síntoma de que *Matemos al tío* es una narración sobresaliente en la que realidad y sueño se mezclan con la misma finura con la que se alternan inocencia y perversidad. La canadiense Rohan O'Grady (pseudónimo de June Skinner, 1922) fue la responsable de idear la historia de Barnaby Gaunt, huérfano multimillonario a quien su tío acoge en una isla de cuento por la que hasta deambula un puma. Lo malo para Gaunt es que su tío quiere su dinero. Así que, claro, se impone matar antes de que te maten. Y empieza la escalofriante diversión.



Matemos al tío

ROHAN O'GRADY
Traducción de Raquel Vicedo

Impedimenta
316 páginas
22 euros